

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA.

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

JULIO.—NÚM. 24 REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V.—1879.

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

SUMARIO.

Aldovrandus Magnus, por E. B.—La pendiente del abismo, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—El buen párroco, por J. Lamarque de Novoa.—El invalido, por Maria del Pilar Sinués.—Consejos de higiene, por X.

ALDOVRANDUS MAGNUS.

(Continuacion.)

Aldovrando se arrodilló delante del príncipe, quien sin dignarse mirarle, continuó dando órdenes á sus oficiales.

—Allá abajo una catapulta. Por este lado apuntad vuestros cañones. Las escalas se arriarán sobre aquel punto. Los ballesteros, colocados sobre aquella altura, protegerán el asalto y desguarnecerán las murallas.

—Monseñor, perdon. perdon! piedad! exclamó Aldovrando.

—No se dará cuartel á nadie, continuó el príncipe fingiendo que no veía al parlamentario, todos cuantos se hallen dentro de la ciudad, serán

pasados al filo de la espada. Nada de horca, por que esta operacion seria demasiado larga. Se dará muerte á todos cuantos se encuentren, sin hacer prisioneros; el saqueo durará ocho dias con sus noches; en seguida se pondrá fuego á las iglesias á donde se refugiarán las mujeres y los niños. Despues de todo esto será arrasada la ciudad.

—Monseñor, monseñor, perdon!.... perdon! gritó Aldovrando, agarrándose de la capa del príncipe.

—Ah! ah! una serpiente quiere morderme. dijo el duque rechazando con el pié al viejo. Ola! es un vecino de nuestra buena y fiel ciudad de Brujas. Pero ¡calla! es su mismo jefe, su burgo-maestre; que digo? su señor, ó mas bien monseñor Aldovrando. Levántese vuestra majestad: semejante actitud no conviene á un poderoso monarca como sois vos. Levantaos, yo soy quien debo descubrirme.

Y se quitó irónicamente su caperuza de terciopelo y obligó al viejo á que se sentara en el sitio elevado que se habia colocado á la entrada de la tienda del duque, por honor y para que pudiese seguir mas cómodamente las operaciones del sitio.

—Tal vez no os hallareis bastante alto, señor, añadió el duque cogiendo por la barba al viejo y tirándolo á sus piés. Mirad, mirad donde quie-

ró haceros subir. Desde allí dominareis sobre nosotros y sobre vuestros súbditos.

Al pronunciar estas palabras le enseñaba una horca.

—Monseñor, hágase vuestra voluntad, respondió Aldovrando con valerosa resignación. Puesto que yo soy la causa involuntaria de los desgraciados sucesos que han pasado, justo es que yo sufra las consecuencias y lleve el merecido castigo. Si he merecido la muerte, mandad que me la den. Ya lo veis, yo mismo os traigo mi cabeza. Pero compadeceos de los pobres vecinos extraviados, cuyo delito es haber cedido á un momento de efervescencia y de haber acudido al socorro de sus hermanos que eran degollados. No derrameis sangre! Bastante se ha derramado ya. Que la mía sea la última que corra, y bendeciré la mano que haga caer mi cabeza.

—Muy bien; usais de un lenguaje enérgico y digno. Escuchad, dentro de una hora estará Brujas en mi poder, si me da la gana, y vereis la suerte que le espera. Quiero sin embargo mostrarme misericordioso con ella. Volved al lado de los vuestros: que dentro de un cuarto de hora, se presenten aquí cuarenta de los jefes de la sedición y vos á su cabeza, descalzos y con la cuerda al cuello, y que me traigan una contribucion de diez millones de florines. Á este precio perdono al resto de la poblacion. Id! Si dentro de un cuarto de hora no estais de vuelta, el asalto comenzará y ya sabeis lo que seguirá al asalto.

Aldovrando volvió á Brujas: la multitud le esperaba á la puerta, y no le dieron tiempo para llegar al palacio de la villa donde pensaba manifestar las intenciones del príncipe: fué preciso que diera cuenta de su comision inmediatamente y en medio de la apiñada y alborotada multitud.

Cuando habló de los diez millones de florines, los ricos pusieron el grito en el cielo, por que ellos eran los que debian pagar esta contribucion; cuando declaró que el duque queria que se le entregasen cuarenta de los jefes de la sedición, prorrumpió el populacho en maldiciones, por que casi todos los que habian hecho la revolucion y se habian erigido en magistrados, pertenecian á la hez del pueblo.

—Es menester vengarnos del autor de nuestros males, del que nos ha arrastrado al abismo donde nos hallamos! exclamó la multitud. Es menester llevar su cabeza al príncipe, y mostrarle de este modo cuanto detestamos nuestra sedición, y al traidor que nos ha impelido á ella.

Y se arrojan sobre el viejo, le hieren, y le des-

pedazan. Pocos instantes despues, viose una cabeza caer de las murallas y rodar al campo del duque. Este reconoció la cabeza del viejo Aldovrando.

—Bravo, bravísimo, exclamó, esas gentes me enseñan como debo tratarlos.... Al asalto!

Y las trompetas suenan, las tropas se ponen en movimiento, el cañon principia á vomitar la metralla; las puertas de la ciudad se abren otra vez y una larga procesion se estiende por el glacis. Era el clero y todos los religiosos; los unos llevaban reliquias y los otros cruces, el dean de Nuestra Señora apareció el último, llevando en las manos una hóstia consagrada.

Entonces todos los soldados se arrodillaron por un movimiento espontáneo, y el duque mismo se vió forzado á imitarlos. El anciano sacerdote llegó hasta el príncipe y le echó la bendicion con el santo copon, exclamando:

—Monseñor! en nombre de Cristo, que estais mirando, muerto por vuestra salvacion en la cruz!... perdon para los brujenses arrepentidos,

—No hay perdon, replicó el duque.

—Perdon, en nombre de Dios vivo.

—No hay perdon!

Un murmullo sordo de desagrado se esparció entre los soldados; los oficiales del duque le rodearon, sorprendidos al verle tan obstinado en una gracia solicitada, por decirlo así, por el mismo Dios.

—Pues bien, los perdono por el amor de Dios, pero no por compasion hácia ellos, dijo el duque con evidente repugnancia; porque esos revoltosos, esos asesinos no merecen mas que la cuerda y el saqueo. Uno solo de ellos valia algo y lo han asesinado cobardemente. Padre, entremos en la ciudad, les perdono la vida, ya que Dios os ha inspirados el pensamiento de pedírmela en su nombre. Ahora mismo acordaré la clase de castigo con que deben espiar su crimen estos vecinos, sin cesar en revueltas, y que no tienen fé ni ley.

Este castigo consistió en una multa de doscientos florines y la imposicion de tres nuevas contribuciones onerosas.

CAPÍTULO VI.

LA VUELTA Á GANTE.

Los sucesos que acabamos de referir habian pasado con tal rapidez, que Margarita, Antonio y Memlinck, quienes desde el siguiente dia de su llegada á Gante, habian marchado á la aldea de

Dammé, donde estaban los obradores del pintor, supieron bruscamente y á un mismo tiempo la sedición de los vecinos de Brujas, el sitio de la ciudad y la muerte del viejo Aldovrando. Margarita tributó lágrimas sinceras á la muerte de aquél en cuya compañía habia pasado tantos años y habia sido el padre de su hijo. Antonio no se mostró menos desconsolado por la pérdida de su padre. Durante una semana entera, Margarita y su hijo permanecieron encerrados juntos en un retiro absoluto. Al cabo de este tiempo, madre é hijo volvieron á su vida habitual, que cada día hacía mas dulce la tierna solicitud de Memlinck. Margarita, siguiendo el uso del país se habia cortado sus hermosos cabellos; vestida completamente de negro, color que no debia abandonar en lo sucesivo, ocultaba su frente, su rostro y su cuello bajo espesos velos, y por espacio de tres meses antes de sentarse á la mesa, en vez de decir el *Benedicite*, el dueño de la casa recitó el *De profundis*, segun la antigua y piadosa costumbre de Flandes.

Poco á poco entró todo en el orden habitual, y la familia del viejo Aldovrando se instaló en casa del pintor que ya no debia abandonar, por que la confiscación de los bienes del mercader habia seguido á su muerte violenta, y no quedaban ya á su viuda y á su hijo otros recursos que la fortuna de Memlinck, notablemente disminuida por la ruina y muerte del depositario de una gran parte de su dinero. Pero él soportó esta pérdida con una serenidad sin ejemplo y ni aun quiso que Margarita supiese que ya nada poseia sobre la tierra, y que solo debia á la amistad del padrino de su hijo un asilo y una existencia que les pusiera al abrigo de la miseria.

Cinco años apacibles y laboriosos siguieron á tantas agitaciones, vicisitudes, desgracias y peripecias. Estos cinco años los empleó Memlinck en iniciar á Antonio Aldovrando en los misterios de la pintura, Adriano en consagrarse á sus estudios teológicos, y en recibir el sacerdocio. Margarita en cuidar á aquellos tres hombres y rodearlos de calma y felicidad. Gracias á su activa é inteligente economía, habia en cierto modo triplicado la renta de Memlinck, haciendo desaparecer los pequeños desórdenes é innumerables contribuciones que imponen al patrimonio de los célibes y viudos todos los que los rodean.

Antonio no tardó en aficionarse al arte de su tutor y se puso á trabajar con tal ahinco, que el bueno de Memlinck se vió mas de una vez obligado á moderar una actividad perjudicial á la salud del jóven. Sin contar sus trabajos del obra-

dor, Antonio consagraba cada día cuatro horas al estudio de la química, necesario entonces para obtener, en la fabricación de los colores y en sus medios de aplicación, perfeccionamientos que habian llegado á ser indispensables, á consecuencia de los descubrimientos hechos por los hermanos Wan-Dick, descubrimientos cuyos misterios no querian revelar á nadie. Memlinck ayudaba en todos sus experimentos al jóven, y tuvo su parte en el descubrimiento de las composiciones admirables que contribuyeron á la confección de los colores de Aldovrando, tan famosos por su brillo y su duración. En fin, Memlinck halló bastante talento y superioridad en su discípulo para permitirle que espusiera sus cuadros al público. Dejaron pues todos cuatro la aldea de Dammé, de donde no habian salido hacia ocho años, y se volvieron á Gante, á donde llegaron el 4 de Febrero de 1500. Memlinck alquiló una casa, la llenó con sus cuadros y con los de Aldovrando, que segun el uso de la época latinizó su nombre firmando sus obras, *Antonius Aldovrandus*.

Mientras que los dos artistas se ocupaban de estos cuidados, Adriano se paseaba por las calles, se detenía delante de cada edificio notable y hacia tantas paradas, que concluyó por no encontrar su camino y perderse completamente: tímido y pusilánime, no se atrevió en un principio á preguntar á nadie su ruta, y aun cuando hubiera podido intentar semejante acto de valor, no le hubiera servido, por que se habia olvidado al salir de informarse del nombre de la calle donde estaba la casa nuevamente alquilada por Memlinck. Marchaba, pues, á la ventura, perdiéndose cada vez mas y con el estómago vacío. Por lo demás, sentíase mucho mas atormentado con la inquietud en que debían hallarse sus amigos por no verle volver, que con los sufrimientos que le causaban el frío y el hambre. En tanto que de este modo andaba cada vez mas extraviado, oyó sonar sucesivamente todas las horas de la noche hasta las nueve, en que las campanas de todos los edificios públicos y religiosos tocaron á la queda. Entonces sintió correr un sudor frío por su frente, y se puso en marcha precipitada hacia una gran claridad que descubrió de pronto al rededor de una calle...

Hallóse en medio de una inmensa plaza, no lejos del *mercado del viernes*, entre gente de armas, escuderos, lacayos y pages que se agitaban en la mayor confusión. Cuando vieron aparecer á Adriano en traje eclesiástico lanzaron por todas partes gritos de alegría.

—Miradle! miradle! Dios nos le envia al fin! Y dos mujeres corrieron, le agarraron por la

mano, le hicieron subir una escalera, le llevaron por muchos corredores oscuros hasta un gabinete estrecho é incómodo, donde estaba una dama vestida con un traje magnífico y un niño que acababa de nacer. Al lado de la dama que parecía moribunda, un caballero joven, de extraordinaria hermosura, estaba arrodillado y lloraba estrechándola las manos:

—Oh! Juana! Juana! decía, porque tus injustos celos te han llevado á esa fiesta? No estarias aquí ahora sin auxilio y sin socorro!

—Un sacerdote, un sacerdote, yo me muero! Murmuró la joven señora.

Adriano, á una señal del caballero, se inclinó hácia ella. Cuando ella le vió se animó su semblante.

—Dios os envía para salvarme, dijo, escuchad mi confesion y dadme la absolucion. En nombre de Cristo apresuraos, por que mis momentos están contados.

Adriano á la primera ojeada que dirigió á la dama, comprendió que el estado de la enferma no era desesperado, pero que exijia pronto socorros, aunque fáciles de dar. Como durante su estado en Dammé había estudiado el arte de la medicina y curado á mas de un enfermo en los pueblos inmediatos, el deseo de ser útil y aliviar á un sér que padecía le quitó de pronto su timidez.

—Señora, dijo, voy desde luego á daros la absolucion de vuestros pecados, por que en los casos urgentes nuestro santo padre el papa nos autoriza para absolver antes de la confesion; en seguida, cuando el alma esté ya tranquila, nos ocuparemos del cuerpo. Alargó las manos sobre la enferma, pronunció las palabras sacramentales de la absolucion é hizo una corta y fervorosa plegaria, despues de lo cual, tomó el pulso á la enferma: declaró que se podia sin peligro trasladar á un lugar menos incómodo, presencié la traslacion, se sentó al lado de la cama y prescribió varios medicamentos que obraron un maravilloso y repentino efecto. Todavía se hallaba allí cuando llegaron apresuradamente el médico y el confesor.

(Continuará)

E. B.

LA PENDIENTE DEL ABISMO.

CONTINUACION.

Para explicar la completa ausencia de Julio durante las escenas que hemos narrado, debemos buscarle la noche misma que le vimos por segunda vez y en el instante en que, regresaba á su casa, despues de alguna horas de desórden y locura.

Al penetrar en su morada, y poseído de una completa embriaguez, se habia dirigido á su lecho donde se dejó caer, y donde durmió largas horas profunda y pesadamente.

El desgraciado reposó en aquel sitio que su culpa acababa de convertir en teatro de dolores y lágrimas: reposó en aquel hogar desierto y triste y helado, porque ya no le templaba al calor de sus cuidados, ni le alumbraba con la luz de su mirada, la que antes era la esperanza y el apoyo de todos: la cadena que los unia; la mano que los guiaba, el corazon que les daba abrigo, la noble, la amante, la santa madre que Dios le concediera!

¡Su sueño no se vió turbado por el recuerdo de lo que habia hecho, por el pensamiento de aquel robo cometido en la casa de sus padres y cuyas consecuencias ignoraba: no se vió agitado por el remordimiento ni el temor, por que ¡ay! su conciencia estaba embotada por los vapores del vino, y por la pesada atmósfera del vicio que le rodeaba de continuo!

¡Ay! del hijo que causa la desgracia de sus padres! ¡ay! del hijo que derrama la amargura en el seno que le dió la vida, y que mancha y cubre de vergüenza las nobles canas que coronan la frente de los autores de sus dias! Su castigo debe ser cruel!

Como la ventana del cuarto de Julio se habia quedado abierta, como no habia venido á cerrarla, como otras noches, la mano previsora de Mercedes, la primera luz del dia vino á caer sobre la frente del joven, molestándole en su sueño.

El frio del amanecer que penetraba por ella, fué tambien poco á poco disipando su embriaguez, y al fin abrió los ojos, se movió perezosamente, y pudo cordinar las primeras ideas.

—¡Oh! dijo entre un soñoliento bostezo, pues

estoy en mi casa! y el caso es... y el caso es que no recuerdo cuando vine! Y debe ser ya tarde; hay tanta luz!

Se levantó, corrió la oscura cortina que cubría la ventana, y prosiguió diciendo mientras ponía sus vestidos en orden.

—Vamos ya lo recuerdo todo! aquel dinero tan prodigiosamente llegado á mis manos, cuando menos podía esperarlo, y tan rápidamente perdido despues... perdido, sí: ¡suerte fatal! perdido casi todo, y en menos de dos horas! Está visto que la fortuna es la coqueta mas caprichosa que se ha podido inventar: nos sonríe, nos brinda favores, y despues, cuando la creemos mas segura, nos vuelve la espalda y nos abandona completamente. Es verdad que yo tengo la culpa. El oro me trastorna, me enloquece. Cuando le veo en mis manos, en nada pienso. le arrojo á puñados sobre una y otra carta, y parece que un vértigo me ciega, haciéndome olvidar todo. Mi intención era buena, si hubiese ganado...

Por un momento su frente se contrajo y pareció cubrirse de una nube sombría.

Despues... una sonrisa indiferente plegó sus labios y murmuró.

—¡Bah! ya no tiene remedio por hoy. quizá mañana me pueda desquitar, pero entre tanto es forzoso evitar escenas violentas. Cuando mi madre sepa... Mi madre! ¡Oh! y lo peor es, que apesar de todo yo la amo, diera por ella mi vida, y sin embargo la voy á causar un gran pesar. Cuando note la falta de ese dinero, se enfadará... no! la conozco bien, lo que hará será llorar! llorar! si yo pudiera evitarle las lágrimas! por que si se irritara, si me arrojara á la cara mis faltas, ya era otra cosa; el verse apostrofado ó injuriado, no causa tanta impresion; pero las lágrimas...

En fin, lo mejor será irme antes que nadie despierte, y no volver, no volver en muchos dias! afortunadamente Federico, mi mejor amigo, me insta para que pasemos una temporada fuera de Madrid, en el pueblecito de su nacimiento, donde el tiene que recoger algunos bienes, y donde acaso la suerte sea mas propicia, y esta es la hora de aceptar. Vamos, me decido: con tal que me quede lo preciso para pagar el viaje!

Julio examinó detenidamente sus bolsillos: aun tenía en ellos algunas monedas de oro, las suficientes para llevar á cabo su proyecto y para vivir un mes, segun su cálculo, lejos de la corte y en compañía de aquel Federico. única causa de su ruina.

Se resolvió, pues, y se dispuso á dejar su casa, antes que nadie le viera, y pudiera contrariar sus planes.

Como hemos dicho era el amanecer, y Julio tomando las mayores precauciones para no ser sentido, salió de su cuarto, y atravesó las demás habitaciones donde no encontró á nadie de los suyos.

Esto no le sorprendió: su madre era la que podía estar levantada á aquella hora, y al no verla allí, el joven dedujo que habria salido como otros dias, á invocar en la iglesia vecina la piedad y el amparo de Dios.

Hé aquí por lo que no le alarmó el hallar la puerta entornada, y cruzando por ella, salió á la calle para dirigirse en busca de nuevos dias de desorden y algazara, pues el defecto capital de Julio, el que le habia conducido escalon tras escalon por la pendiente del vicio, era la indolencia, era la falta de amor al trabajo, á una ocupación seria que hubiera invertido sus horas y ocupado dignamente su tiempo y su entendimiento!

Julio pues se hallaba muy lejos de la casa de sus padres cuando penetraban en ella Marta y Enrique.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilches.

EL BUEN PÁRROCO.

(Conclusion.)

«Puesto que entrambos jurásteis amaros eternamente, si así lo cumplís fielmente yo os uno en nombre de Dios. Recabad en obras buenas el tiempo que habeis perdido, y penas dando al olvido felices seréis los dos.»

Tal pronunció, y bendiciéndolos partió, la apacible calma gozando que siente el alma tras un acto de virtud. Y la madre y los esposos tristes salir lo miraron,

y en silencio derramaron
lágrimas de gratitud.

X

VIDA POR VIDA.

Aún no rayaba el alba: ronco el trueno
en las cumbres siniestro retumbaba,
y la lluvia á torrentes aumentaba,
el verde valle convirtiendo en mar.
Y el arroyo que el prado de Borleña
tranquilo baña en el sereno estío,
entonces era caudaloso río
de ancha corriente y fiero rebramar.

Por la lluvia azotado y por el viento,
el camino cruzando cenagoso,
dirigióse el buen Cura presuroso
á su apartada y misera mansion.
Aún conmovido por la triste escena
que en tierna y grata convirtió su celo,
humildes preces levantaba al Cielo
en silencio su noble corazon.

Envuelto por las sombras de la noche
acercóse al arroyo embravecido,
y por el puente estrecho y carcomido
apresuróse intrépido á pasar.
Mas apenas el pié puso en la entrada,
racha terrible de furioso viento,
cortándole la accion y el movimiento.
arrojóle en el agua á su pesar.

Cercado por hirviente remolino
intentó en vano defender su vida;
deshécho un brazo, con la faz herida,
del torrente desmaya ante el furor.
Mas antes de morir, tornando al Cielo
la vista: dijo con profunda calma:
«En vuestro seno deposito el alma,
la vida os ofrecí... ¡Gracias, Señor!»

Cuando del sol, velado entre vapores,
el tibio rayo apareció en Oriente,
deudos y amigos al ruinoso puente
lentos se encaminaron de inquietud.
Á su Pastor benefico nombraban,
presa de aterrador presentimiento,

con vivo afán y acongojado acento
al par enalteciendo su virtud.

Á poco, en derredor de su cadáver,
y en el alma llevando triste luto,
el pueblo de su amor digno tributo
en dolorido llanto le ofreció.
Y en el lugar donde perdió la vida,
evocando recuerdos de su historia,
como piadosa ofrenda á su memoria,
sencilla cruz mas tarde le elevó.

CONCLUSION.

Tal con apacible acento
me contó la humilde anciana,
y de mí ya al separarse
añadió, tras breve pausa:

«Hoy al márgen del camino
do existió la pobre casa
de la jóven, opulenta
y bella mansion se alza.
Cércala jardin precioso
y linda verja la guarda,
do madreselvas y rosas
unen sus frescas guirnaldas.
Allí Enrique y Rosalía,
ya ancianos, la vida pasan,
á sus hijos y á sus nietos
dando educacion cristiana.

Y felices, y gozando
de dulce paz no turbada,
padres son para los pobres
y su amparo en la desgracia,
mas al socorrer á todos,
cual siempre con mano franca,
ruéganles que en este sitio,
y al pié de esta cruz sagrada,
eleven por el buen cura
á Dios sentidas plegarias.

Ellos tambien, con frecuencia
de su gratitud en aras,
vienen á honrar la memoria
del que con dulces palabras
les devolvió y con su ejemplo
paz y amor, ventura y calma.

Por eso, señor, me visteis

rezar aquí prosternada,
que ellos en mis tristes cuitas
benignos siempre me amparan.
venturosa satisfago
su aspiracion noble y santa,
Y cumplo al par por mí misma,
que yo tambien admiraba
la humildad del digno párroco,
su caridad, su constancia,
y jamás sus beneficios
de mi memoria se apartan.»

Dijo, y de mí despidiéndose
se dirigió á su morada.

Era de noche: profunda
soledad allí reinaba,
y en el corro no se oía
ya el murmullo de la danza.
Pálida, al nacer, la luna
de los montes plateaba
las altas cumbres, el valle
cubriendo de sombras vagas:
ante la cruz, en silencio,
tambien alcé una plegaria,
y alejéme de aquel sitio
de emocion vertiendo lágrimas,
y llevando de Borleña
grato recuerdo en el alma.

José Lamarque de Novoa.

La cruz de piedra á que me refiero en este
cuento, se halla situada á la márgen del arroyo
y al lado de un puentecillo tosco, de un solo ar-
co, que fué donde ocurrió el desgraciado acci-
dente al párroco. En ella aparece esta sencilla
inscripcion:

JESUS.

Aquí murió de muerte casual
el presbítero bachiller D. José García Castañeda,
cura beneficiado
de este pueblo.—Año de 1826.

EL INVÁLIDO.

Un pobre viejo soldado, que tenia una pierna
de madera, se sintió súbitamente enfermo en un
viaje que habia emprendido para encontrarse con
su familia.

Falto de fuerzas y próximo á desfallecer, diri-
gió la vista al cielo en demanda de un socorro
que no podia esperar de la tierra, toda vez que
se hallaba en un sendero oculto y distante de po-
blado.

El Dios de misericordia oyó su ruego, pues
momentos despues apareció una tierna niña, que
al ver el angustioso estado del pobre inválido,
le preguntó con el mas dulce interés:

—¿Está V. enfermo, señor soldado?

—Sí, hija mia, estoy enfermo, sin fuerzas pa-
ra continuar mi camino y exhausto de recursos
para proporcionarme alimentos.

—¡Pobrecito! dijo la niña suspirando con sen-
timiento, y despues añadió: mis padre que vi-
ven en una granja cerca de aquí, son tambien
muy pobres, pero en cambio son muy buenos;
si V. quisiera apoyarse en mi brazo, yo le con-
duciria a nuestra casa, y estoy segura de que
ellos harían por V. todo lo que les permitiese su
estado.

—¡Que buena eres, preciosa criatura! exclamó
el soldado enternecido; Dios, que es tan grande,
premiara los generosos instintos de tu noble co-
razon, y yo, aceptando tu oferta, le demuestro
mi infinita gratitud por sus mercedes. Vamos,
vamos a casa de tus padres, qué, á no dudarlo,
y por muy pobres que estén serán compasivos y
bondadosos como tú.

La niña dió su brazo al desgraciado enfermo
con la mas cariñosa solicitud, y una hora des-
pues franqueaban la cancela que servia de puer-
ta á la granja.

Los padres de Lucía, que así se llamaba la
caritativa niña, acogieron con innata benevo-
lencia al militar, y despues de decirle que por
su falta de recursos no podian acomodarlo como
era su deseo, le prepararon una modesta cama
en el granero y una taza de confortante y ca-
liente caldo, que le hicieron tomar tan pronto
como se hubo acostado.

Lucía iba todos los dia á ver al enfermo, y

después de informarse de su estado, le dejaba una pequeña moneda de plata, que el soldado recibía siempre con lágrimas en los ojos.

Pero un día el honrado militar le dijo con tono profundamente inquieto:

—Mi querida niña, yo sé que tus padres son muy pobres, y por consiguiente me alarma el no conocer el origen de tus donativos; se también que tú eres buena; muy buena, y que nada puedes hacer que no esté conforme con tu conciencia; pero yo sería capaz de rechazar tus dádivas, de resignarme á morir de hambre, si tú no me dijeras como y de que manera adquieres el dinero con que me socorres.

Confusa y ruborizada contestó Lucía:

—¡Oh! no se apene V. por eso, que el dinero que yo le doy es legítimamente adquirido. Cuando voy á la escuela, tengo que atravesar un pequeño bosque que tiene una gran cantidad de fresas; y en mi deseo de que al marcharse usted pueda llevarse algunos cuartos para las necesidades del camino, se me ha ocurrido llenar con ellas una cestilla y venderlas en el mercado del pueblo, por lo cual percibo diariamente la pequeña cantidad que le traigo. Mis padres, que saben lo que hago, no tan solo lo aprueban, sino que al ver la moneda que destino á mi enfermo, me besan y abrazan con efusión. Ahora V. me dirá si mi conducta le es tan agradable como lo es á los que les debo el sér.

El viejo soldado sintió que dos gruesas lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—Generosa niña, dijo procurando dominar su emoción; tu conducta es digna de un ángel. ¡Que Dios, el bondadoso Dios, recompense tus humanitarios sentimientos, y que siempre te los conserve para bien de los menesterosos y afligidos!

Lucía lloró también, pero lloró de placer. Y es que el hacer bien proporciona satisfacciones tan tiernas y tan dulces, que siempre debíamos hacerlo para hallarnos contentos de nosotros mismos.

Maria del Pilar Sinués.

CONSEJOS DE HIGIENE.

Siendo tan frecuentes las caídas en los niños creemos muy oportuno recomendar á las madres lo siguiente:

Las heridas superficiales se limpian bien y después se cubren con una planchita de hilas empapadas de aceite comun. Al cabo de veinte y cuatro horas ya estará cicatrizada la herida. Cuando esta fuese pequeña y el sitio lo permitiese, bastaría poner un pedacito de tafetan inglés ligeramente humedecido por el lado donde tiene el barniz.

Si el niño se hiciese una cortadura y la sangre no se atajase tan pronto como se quiera, se echa sobre ella un poco de trapo quemado, que se obtiene encendiendo al aire libre unos trapos viejos, sobre los cuales se pasa una plancha cuando están en plena llama.

Debe aplicarse ya completamente frío sobre la cortadura. Detenida la sangre, se pone encima un poco de tafetan inglés ó bien un trapito de hilo doblado, sobre el cual se echa una pequeña cantidad de agua con unas cuantas gotas de árnica.

No terminaremos estas ligeras prescripciones sin recomendar á las madres que tengan mucha presencia de espíritu, y que cualquiera que sea la gravedad del accidente, no asusten al niño con sus exclamaciones, pues sus gritos le haran llorar y agrava su estado. Cuando los niños den una caída, las madres deben levantarlos riendo, por que si no se volverán cobardes y pusilánimes y no se atreverán á dar un paso.